

## PRELIMINAR

Cuando por primera vez visité Bath a finales de la década de los setenta del siglo pasado, movido por la curiosidad que me habían suscitado mis lecturas y en las que se evocaba esta ciudad como un ejemplo de urbanismo del siglo XVIII, quedé algo más que gratamente sorprendido por la tranquilidad y el orden que transmitía su amable urbanismo georgiano, sus regulares casas construidas con la fina y dorada piedra del lugar, aunque tizadas por el hollín de sus chimeneas, calefactores y unas escasas fábricas. También me sentí atraído por sus cuidados jardines, extensos parques, los famosos *crescents* y el apacible curso del río Avon, que discurre entre verdes colinas cubiertas alternativamente de prados y frondosos bosques. Me quedé tan prendado de Bath, muchos años antes de que fuera declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, que me propuse vivir algún día en tan reposada y bella ciudad.

Conseguí mi propósito diez o doce años más tarde, cuando pude adquirir una pequeña vivienda georgiana de comienzos del siglo XVIII en una primera planta y con un pequeño *courtyard* ajardinado justo a espaldas del Royal Crescent, dando vista al campo de golf municipal. Un lugar céntrico y al tiempo apartado, ideal para disfrutar a mis anchas de la soledad al jubilarme. Fue un punto de inflexión en mi vida: atrás quedó la estresante labor diaria del columnista, el analista político, el crítico gastronómico o el comentarista literario, facetas que cultivé ininterrumpidamente durante varias décadas. Una vez instalado en Bath, descubrí las numerosas librerías de viejo con que por entonces contaba no sólo la ciudad, sino también algunas localidades vecinas. Recorriéndolas constaté el elevado número de títulos dedicados a la *Peninsular War*, como llaman los ingleses a nuestra Guerra de la Independencia, la mayoría maravillosamente editados, encuadernados y conservados, y ofrecidos a precios módicos, lo que me permitió adquirir paulatinamente

un centenar de ellos, escritos sobre todo por oficiales del ejército de Wellington que habían participado en la contienda. Esa literatura de recuerdos de la guerra me resultaba muy accesible, dados mis limitados conocimientos de la lengua inglesa, pero conforme estos se fueron ampliando ensanché mi horizonte de lecturas a libros ya no sólo de militares, sino también de escritores viajeros que habían visitado nuestro país durante los siglos XVIII, XIX y XX.

Fueron cuatro años inolvidables los que pasé en tan hermosa y tranquila ciudad, durante los cuales, por primera vez en mi vida, pude dedicarme a lo que más deseaba: pasear, leer y escribir a destajo en la más completa soledad, porque al comienzo de mi estancia no conocía a nadie. Sólo poco a poco fui participando en la vida social, mejorando mis conocimientos de la lengua y paralelamente menguaron las horas dedicadas a la lectura y a la escritura. Fue, pues, en Bath y por los años finales de la década de los ochenta, cuando dio comienzo mi afición por la literatura de viajes.

La mayoría de los libros de autores británicos o franceses sobre España, editados en sus respectivas lenguas, mantenían opiniones muy negativas sobre nuestro país, criticando acerbamente los alojamientos, los medios de locomoción y la comida; se sorprendían ante la extensión de la mendicidad, la riqueza de la Iglesia, el relajamiento de una extensa clerecía, el atraso de los centros de estudios, la escasez de bibliotecas, el excesivo peso de la burocracia y otras deficiencias debidas a la ignorancia o arraigadas supersticiones. Y a la opinión pública española, en la escasa medida que podía utilizarse tal expresión durante los tres siglos contemplados en este ensayo, apenas llegaban los ecos deformados de las numerosas y referidas publicaciones. Fueron muy frecuentes los casos de libros escritos sobre España por franceses que fueron traducidos al inglés y a otras lenguas europeas; por ejemplo el principal relato de Madame d'Aulnoy, publicado en 1679, fue inmediatamente traducido a otras lenguas, a la vez que se sucedían las ediciones en la original. Otro tanto cabría afirmar de relatos escritos por viajeros ingleses, franceses o italianos que fueron traducidos a las principales lenguas europeas sin que ninguno de ellos conociera versiones en español. Incluso libros de extraordinaria importancia como los

de Joseph Townsend a finales del siglo XVIII o Richard Ford a mediados del XIX, por ejemplo, tuvieron que esperar hasta finales del XX o comienzos del XXI para que aparecieran traducidos íntegramente en las editoriales españolas.

Cuando los militares británicos o las tropas imperiales de Napoleón contendieron a comienzos del siglo XIX en nuestro atormentado territorio, sus centros de inteligencia tuvieron que recurrir a la importante y voluminosa obra de Townsend a la hora de planear sus operaciones militares, porque al margen de las opiniones del vicario de Pewsey sobre el fenómeno social de la extendida mendicidad, encontraban en su libro una precisa información sobre el estado de las carreteras, los puentes, la población, los cultivos, la economía, etcétera.

En España la industria editorial estaba poco desarrollada y la mayor parte de los libros que se publicaban tenían un contenido marcadamente religioso. En líneas generales interesaban poco las novelas y aún menos los ensayos o la literatura de viajes, pero el hecho es que libros de excepcional importancia no fueron publicados en nuestra lengua hasta bien entrado el siglo XX, como fue el caso de la excelente traducción que hizo Azaña de *La Biblia en España* de George Borrow. Esta tenaz resistencia a informarse sobre qué se decía de nuestro país y de nosotros en el extranjero respondía a complejos alternativamente de superioridad o inferioridad, y se traducía en un obstinado rechazo ante cualquier información llegada de fuera, que evaluara o cuestionara nuestros hábitos de vida.

Desde comienzos del siglo XXI, en cambio, esa antigua cerrazón ha dado lugar a una fortísima reacción en sentido contrario. Ahora interesa extraordinariamente todo cuanto se ha dicho o se está diciendo sobre nuestro país; son innumerables los estudios y las publicaciones impulsados por las nuevas universidades, así como por los gobiernos autonómicos o las diputaciones provinciales. Se publica mucho, pero sin orden y con poco concierto, solapándose esfuerzos y despilfarrando recursos. La mayoría de esos libros patrocinados, sin haber logrado apenas difusión, han acabado pronto sus vidas descatalogados y enviados a la guillotina para reciclar

el papel en el que fueron impresos, sin siquiera dejar huella en las estanterías de las bibliotecas públicas.

Vivo en una ciudad pequeña, como es Cádiz, y la biblioteca provincial que antaño gozó de excelente reputación hoy apenas adquiere nuevos fondos, ni siquiera se interesa por aquellos que podría obtener gratuitamente; cada vez que he recurrido a ella, pues soy socio, con una lista de diez o doce títulos, me he vuelto de vacío o con uno solo. A pesar de las restricciones, en parte paliadas por un mercado de segunda mano muy activo, he podido leer y fichar centenares de obras que le ofrezco al lector de este ensayo en el apartado correspondiente de bibliografía.

Llegado a este punto, lo que sí importa aquí exponer es por qué inicio el estudio a finales del siglo XVII y lo cierro a finales del XX. En el ocaso de los Austrias, desechada la idea de que Carlos II, el último de ellos, pudiera tener sucesión directa, las potencias europeas directamente concernidas, como Austria y Francia, o indirectamente como era el caso del Reino Unido, estaban interesadas en absorber o controlar la deriva de un reino de la importancia de España y su vasto imperio colonial. Por eso, en los últimos años del siglo XVII, y al margen de la información proporcionada por embajadores o diplomáticos de menor relieve, resultaba muy importante la que podían aportar escritores capaces de moverse ágilmente por todo el país. Sin duda la presencia de Madame d'Aulnoy, la marquesa de Gudannes, el padre Labat, Daniel Defoe, entre otros muchos, respondía al menos parcialmente a esa necesidad de sus países de origen.

Precisamente Madame d'Aulnoy será el primer viajero cuyas opiniones cite *in extenso*, ya que me he propuesto, como avancé, acotar este ensayo a lo largo de unos trescientos años, o para ser más preciso: desde 1679, fecha en que publica su primer libro la citada ilustre dama, hasta 1970, es decir, hasta que España deja de ser un país singular y más bien desconocido para convertirse en un importante foco de atracción del turismo de masas. Paradójicamente, una de las palancas que favorecieron ese turismo de masas fue una imaginativa campaña del Ministerio de Información y Turismo, con una espléndida cartelera que vendía la idea de que España era

un país diferente, al tiempo que se levantaba una formidable red de paradores nacionales para el turismo de élite. Pero esa nueva realidad turística dejó de interesar a otros posibles «curiosos impertinentes», como se denominaba, con acuñación cervantina, a los extranjeros ociosos que vagaban por el país interesándose por todo, hasta por las cuestiones más baladíes, actitud que los nativos eran incapaces de comprender. Ese tsunami económico y social en que se convirtió el fenómeno turístico dejó al país en manos de especuladores que urbanizaron el litoral y destruyeron el paisaje costero para atender el ocio de millones de europeos de escasos recursos económicos. Por lo que, parejamente, los alojamientos, las carreteras y la cocina tuvieron que adaptarse a las exigencias de esa gigantesca y novedosa demanda.

He redactado este libro a mi albedrío, sin atenerme al rigorismo académico y evitando el aparato crítico para hacer menos ingrata su lectura, pero intentando recoger los variados y contrapuestos testimonios de los muchos viajeros foráneos que visitaron España durante los citados tres siglos. Es el fruto de reflexiones personales y de notas tomadas al paso, a lo largo de numerosos años de detenidas y no siempre entretenidas lecturas. Ahora sólo deseo que el ensayo, pese a su extensión, sin pretensiones, acabe por resultar instructivo y no solivante excesivamente el espíritu harto susceptible de mis connacionales.



I  
VEHÍCULOS, CAMINOS Y ALOJAMIENTOS



El célebre *Manual para viajeros por España y lectores en casa* fue escrito por Richard Ford tras recopilar una ingente documentación y consultar todo cuanto se había publicado sobre el país durante los siglos XVII, XVIII y las tres primeras décadas del XIX, pero la información más importante y genuina fue la recogida por él mismo y sobre el terreno durante cerca de cuatro años, entre 1830 y 1834, el tiempo que vivió en España y tras recorrer alrededor de tres mil kilómetros, la mayor parte de ellos cabalgando bien en solitario o acompañado por un criado. Al final, tras denodados esfuerzos y no pocas discusiones con Thomas Murphy, el editor de las populares guías de viaje encuadernadas en tela roja, entregó un voluminoso manuscrito que vio la luz en Londres el año de 1845. De consuno autor y editor optaron por titularlo *Handbook*, es decir manual, a pesar de que la amplísima y ordenada información sobre España y los españoles tuvo que publicarse en tres gruesos volúmenes. A pesar de su inusitada extensión, el *Handbook* obtuvo un extraordinario éxito de inmediato: se sucedieron varias ediciones y fue traducido muy pronto a las principales lenguas europeas, no así sorprendentemente al castellano. De hecho la traducción a nuestra lengua se hizo esperar, ya que el manual provocó un violento rechazo entre los escasos y cultos lectores que alcanzaron a leerlo cuando se publicó. No fue hasta comienzos del siglo XX, después de que Azorín rescatara a Ford y Azaña tradujera *La Biblia en España* de George Borrow, cuando poco a poco fue desapareciendo la abominación en la que cayeron los *curiosos impertinentes*; es decir los viajeros que recorrieron el país y publicaron las impresiones de sus viajes. Pero por lo que respecta al libro de Ford, sin lugar a dudas el más importante de cuantos libros de viaje se han escrito sobre España, hay que recalcar que no fue traducido y



Richard Ford (1796-1858)  
retratado por Antonio Chatelain hacia 1840.  
(National Portrait Gallery).



George Borrow (1803-1881)  
retratado por Henry Wyndham Phillips  
hacia 1850. (National Portrait Gallery).

publicado en su integridad a nuestra lengua hasta finales del siglo XX, gracias a la editorial Turner de Madrid.

Entre otros importantes asuntos Richard Ford aborda, como no podía ser menos, las diferentes y mejores vías para acceder al solar hispánico y no perderse por el intrincado y en gran parte desconocido interior. Porque a pesar de que España fue siempre un país muy presente y activo en la política europea, principalmente desde finales del siglo XV hasta finales del XVIII, y una vez reducida a términos testimoniales la caudalosa corriente de peregrinos de toda Europa hacia Compostela durante la Baja Edad Media, la Península Ibérica quedó fuera de las rutas trazadas por la Ilustración laica y frecuentadas por los jóvenes europeos como parte de su formación, el llamado *Grand Tour* que discurría por Flandes y Francia para, siguiendo el curso del Rin, atravesar Alemania y acceder a Italia a través de Suiza, acabando por lo general en Nápoles aunque no fueran escasos los que prolongaban su viaje hasta la remota Sicilia. El *Tour* era un viaje iniciático que tuvo una gran importancia

en la educación de las clases altas europeas, mayormente británicas, a lo largo de todo el siglo XVIII y hasta mediados del XIX; es decir durante una dilatada época en la que viajar era un gran lujo al alcance de muy pocos, tanto por el tiempo que implicaban los desplazamientos como por los gastos que ocasionaban a la familia del joven educando. Esos viajes formativos requerían la compañía cuando menos de un preceptor y frecuentemente también la de uno o dos criados.

Pero la marginada y olvidada España volvió a despertar vivamente la atención de las élites europeas a comienzos del siglo XIX debido a las guerras napoleónicas: la *Peninsular War*, como la llaman los británicos, la *Campagne d'Espagne*, según los franceses o la Guerra de la Independencia para los españoles, originó una copiosa colección de memorias, diarios o cartas que escribieron numerosos oficiales y soldados que participaron en la contienda. Esa guerra, que afectó a todo el país durante seis largos años, y en la que se implicaron directamente más de medio millón de soldados de distintos ejércitos sin contar a los centenares de miles de peninsulares, españoles y portugueses, encuadrados en sus respectivos ejércitos nacionales o en las numerosas e irregulares partidas de guerrilleros que surgieron. La que llamamos impropia Guerra de la Independencia fue un terrible y devastador conflicto en el que se solaparon una guerra civil y una guerra internacional, con la Francia napoleónica y el Reino Unido disputándose la hegemonía en Europa sobre el solar hispánico. A lo largo de esa gigantesca y destructora conflagración, sin duda alguna, la mayor sufrida por los españoles a lo largo de los siglos, tanto las tropas británicas como las francesas se dedicaron más por entusiasmo que por razones militares a destruir el débil tejido industrial español. Volaron fábricas, murallas, fuertes, puentes y carreteras, expoliaron numerosas iglesias y monasterios, arramblaron con una parte sustancial de nuestro patrimonio artístico y asolaron no pocas ciudades, como fueron particularmente los casos de Salamanca, Zaragoza, Gerona y San Sebastián, al tiempo que diezmaron la población. Por último hay que señalar que, una vez finalizado el conflicto con la derrota de Napoleón, varias decenas de miles de españoles, y entre ellos

la flor y nata de la administración del Estado, se vieron forzados a exiliarse por haber colaborado con el rey José Bonaparte, el hermano mayor del emperador. Y antes de que se me olvide, no puedo menos de recordar que el duque de Wellington, dechado de caballerosidad, héroe cantado por nuestro admirado Richard Ford y distinguido por la Corona española con el ducado de Ciudad Rodrigo y otras muchas mercedes, fue quien ordenó personalmente la destrucción del Puente de Alcántara, obra maestra de la ingeniería romana; lamentable suceso que uno de sus oficiales no pudo menos de condenar ya que desde su punto de vista, estrictamente militar, no había razón alguna que justificara su voladura.

Los escasos y audaces viajeros que optaron por visitar y recorrer España durante los siglos XVII y XVIII tuvieron que hacer frente a enormes dificultades para superar la formidable barrera de los Pirineos y luego adentrarse por la elevada y desolada barbacana de Europa que siempre ha sido, es y seguirá siendo la Península Ibérica. Y los extranjeros que lo hicieron inmediatamente después de la referida Guerra de la Independencia tuvieron que enfrentar aún si cabe mayores dificultades, debido a la voladura de numerosos puentes y a la destrucción de las principales carreteras, que venían a coincidir, en líneas generales, con las antiguas calzadas romanas.

Las primeras impresiones que registraron los visitantes al entrar en la Península fueron de sorpresa ante las extensas parameras carentes de arbolado y escasamente habitadas, sus rocosas y desnudas sierras, sus exiguos ríos y una población diseminada y atrásada, donde asombraba el extraordinario número de pobres y de clérigos. El un tiempo atrás fortísimo reino de España, como fue percibido durante varios siglos desde Europa, analizado sobre el terreno consistía más bien en un heterogéneo conjunto de territorios mal agregados, separados por elevadas cordilleras, arduas de franquear, y por ríos casi secos durante el estiaje o de torrenciales cursos durante los periodos lluviosos. Como resultado de esas condiciones, más que de españoles cabía hablar de castellanos, vascos, catalanes, gallegos, andaluces, valencianos y un largo etcétera; es decir de pueblos muy distintos unos de otros y que se ufanaban en realzar sus respectivas singularidades, tanto por lo que se refería

a la lengua que utilizaban, como por sus diferencias en el modo de vestir y de conducirse.

El problema del acceso a tan inhóspito y variopinto país se lo planteó Richard Ford en las primeras páginas de su *Handbook*, insistiendo en la idea de que España es un país asombrosamente montañoso y señalando que los vehículos que por él transitaban eran tan pesados como incómodos, los alojamientos malos o pésimos, y la comida de una insostenible monotonía, cargada de especias y elaborada mayormente con un aceite de oliva rancio que repugnaba a los paladares europeos. Tras subrayar esas dificultades, apunta que las más recomendables vías de acceso al centro peninsular eran tres: si se viene de Francia por Irún, después de atravesar el montañoso País Vasco había que afrontar los dilatados horizontes e inhóspitos campos de la meseta castellana para, finalmente, acceder a la capital del reino, Madrid, construida en medio de un páramo. La otra gran vía de acceso para salvar la barrera pirenaica era por La Junquera hasta alcanzar Barcelona y luego proseguir por la costa generalmente amable y pintoresca hasta Valencia, o bien internarse por el desértico y áspero reino de Aragón. Por último, se podía arribar por barco a Cádiz y luego remontar el apacible río Guadalquivir, el único navegable de España, hasta alcanzar Sevilla. Por esta vía entró personalmente Ford en España y en el *Handbook* sostiene que es el modo más recomendable.

Casi doscientos años antes de que el culto y adinerado *gentleman* inglés llegara a la Península, otra ilustre viajera, en esta ocasión francesa, la polémica Madame d'Aulnoy, visitó España durante el reinado de Carlos II, el último de los reyes de la Casa de Austria. Posiblemente llegó a Madrid más huyendo de la corte de Francia



Madame d'Aulnoy (1651-1705)  
visitó España durante el reinado de Carlos II.

que deslumbrada por los atractivos del lugar de destino. La ilustre dama, que residió en España durante varios años, un periodo que los especialistas no han logrado precisar, dejó como testimonio dos libros que no sólo alcanzaron cierta popularidad en su tiempo, sino que tendrían pese a lo discutible de sus opiniones una decisiva influencia en no pocos viajeros, tanto franceses como de otras nacionalidades, que visitaron posteriormente la Península.

Cabría comenzar por señalar que Madame d'Aulnoy entró por el País Vasco tras haber dejado atrás San Juan de Luz, que en su opinión era uno de los más bellos y agradables pueblos de Francia y su principal puerto bacaladero. Pero antes de acompañarla en el instante de franquear el Bidasoa y de consignar sus impresiones me siento inclinado a advertir al lector con unas breves notas sobre tan singular personaje: Marie-Catherine Le Jumelle de Barneville, nacida en Calvados alrededor de 1650, tuvo una vida que, sin incurrir en exageración ni agravio algunos, cabría calificar de novelesca; se casó muy joven con el barón d'Aulnoy, con quien tuvo cinco hijos, y cuando su marido, acusado de un crimen de lesa majestad, fue encarcelado en la Bastilla, ella, imputada como copartícipe del supuesto delito, no dudó en tomar las de Villadiego, es decir atravesó el Canal de la Mancha y así pudo evitar el rigor de la justicia o la cólera real. Pocos años más tarde aparece en Madrid con oportunas y muy eficaces cartas de presentación que le permitieron conocer a numerosas personalidades, así como introducirse en la corte de Carlos II. Escribió dos libros, *Memorias de la corte de España* y *Relación del viaje de España*, que fueron prontamente traducidos a los principales idiomas europeos. Pero a pesar de la gran popularidad lograda, Madame d'Aulnoy sufrió feroces críticas y no sólo en España, pues los españoles se sintieron por más de un motivo agraviados por sus libérrimos y frecuentemente superficiales comentarios, sino también en el resto de Europa. No pocos especialistas analizaron con lupa su testimonio y llegaron hasta el extremo, como es el caso del famoso hispanista Raymond Foulché-Delbosc, de cuestionar que la autora llegara a visitar realmente España, sugiriendo que más bien se limitó a plagiar, aunque con una pluma que manejaba con incuestionable donaire, las

plúmbeas y detalladas memorias del marqués de Villars, embajador de Francia durante esos mismos años en la corte del último de los Austrias. En realidad, Madame d'Aulnoy pasaría a la posteridad literaria en Francia no por sus libros de viajes ni tampoco por sus memorias, sino como escritora de cuentos de hadas para niños.

En los escritos sobre España, Madame d'Aulnoy se erige como una implacable debeladora de la cocina española. Reitera en distintas ocasiones que la calidad de la carne es ínfima y que todo lo fríen o guisan con un indigesto y apestoso aceite de oliva. En cambio habla muy bien del jamón, de los huevos, de las aves, así como de las frutas y verduras, entre las que destaca las lechugas, que juzga deliciosas sobre toda ponderación. Sin que, por otra parte, olvide rendirle homenaje al delicioso chocolate que suele tomarse en jícaras, minúsculas tazas, varias veces al día y acompañado inexcusablemente por un vaso de agua fría y, en ocasiones, también por ligeros bizcochos de espuma.

Mucho más amable se manifiesta Madame d'Aulnoy sobre el paisanaje: a los españoles los juzga «valientes sin incurrir en la temeridad, aunque tienden fácilmente a incurrir en la ira; son generosos sin ostentación, sobrios en el comer y sobre todo en el beber». Por lo demás, suelen ser «gente de honor que mantienen su palabra. Tienen espíritu vivaz, comprenden fácilmente, se explican de la misma manera y en pocas palabras: son prudentes, celosos en extremo, poco ahorradores, supersticiosos y muy católicos, al menos en la apariencia». De las españolas opina que, «a pesar de sus desmañados tocados y de los pocos afeites que usan, son más bellas que las francesas. Se puede decir que sin necesidad de postizos, ni de tocas, ni lazos, son como una obra maestra. ¿Y en qué país hay ojos semejantes a los suyos? Son tan vivos, tan espirituales, hablan un lenguaje tan tierno y tan inteligible que aunque fuera esta su única virtud podrían pasar por muy hermosas y romper los corazones. Sus dientes están bien colocados y serían bastante blancos si los cuidaran, pero el abuso de azúcar, chocolate y sobre todo la extraña costumbre que tienen de comer barro cocido acaban por estropeárselos. Usan, por lo general, faldas tan largas por delante y por los lados que les arrastran mucho. Las llevan a ras de tierra, para que no se les



Francesco Battaglioli, 'Vista del Palacio de Aranjuez' (1756). (Museo del Prado).

puedan ver los pies, que es la parte del cuerpo que con más cuidado esconden. He oído decir —continúa la francesa— que la máxima muestra de ternura, después de todas las condescendencias posibles que puede tener una dama con su caballero, es mostrarle un pie; es lo que llaman el último favor. Hay que convenir que no hay nada más bonito en su especie, sus pies son tan pequeños que los zapatos son como de muñecas. Los llevan de tafilite negro, sin tacón y tan ajustados como un guante. Cuando caminan parece que vuelan».

Por lo que se refiere al paisaje castellano, anota que «todo el país es seco y está muy poco poblado, apenas se ve un árbol se mire por donde se mire». Los pueblos le parecen muy pobres y carentes de interés, salvo la ciudad de Burgos donde hay «hermosos edificios entre los que descuella el palacio de los Velasco. En todas las plazas públicas hay fuentes, pero lo más destacable es sin duda la iglesia catedral: es tan grande y vasta que se pueden celebrar misas en cinco capillas diferentes al mismo tiempo. La arquitectura es muy delicada, por lo que podría considerarse como una de las obras maestras del arte gótico».

Madame d'Aulnoy, por el contrario, mostró escaso entusiasmo por Madrid, edificada en medio de un extenso páramo carente de

arbolado, y no dejó de advertir que la capital de España «no está circundada de murallas ni de fosos. No hay ningún lugar que tenga sentido defensivo». Lo único no ya bueno sino extraordinario de la capital de España, a su juicio, es la calidad del aire y sobre todo del agua que procede de la sierra de Guadarrama.

Sin embargo, al seguir a la corte que todos los años al finalizar el invierno se trasladaba a Aranjuez, se asombra de que allí, tan cerca de la desolada capital madrileña y a orillas del Tajo en su confluencia con el Jarama, se encontrara el Real Sitio: «No había visto lugar más agradable», a pesar de que para el gusto francés «los jardines resultaban demasiado tupidos» y de que las numerosas avenidas eran excesivamente largas, lo que acababa por restar grandiosidad a los jardines. Aun así, concluye que los paseos son encantadores. La mañana en que llegó, «hacía fresco, los pájaros cantaban por doquier, las aguas producían un suave susurro, las espalderas estaban cargadas de frutos excelentes y los jardincillos poblados de flores olorosas».

Esa percepción del paisaje de Aranjuez debió de producirse ya en primavera, pues la condesa había llegado a Madrid en pleno invierno. Y durante ese largo, tedioso y en ocasiones peligroso viaje, en un pesado carruaje desde el Bidasoa, no dejó de subrayar el frío, la nieve y los peligros arrostrados en algunos de los pasos de montaña, entre ellos el puerto de Somosierra que separa ambas Castillas, donde «la cantidad de nieve era tal que cubría por completo el camino», escondiendo el peligro de los barrancos. No nos informa la escritora francesa de las personas que con ella viajaban en el pesado y lento carruaje, pero confiesa su desconcierto por el hecho de que «a esos pasos de montaña los españoles les llamen puertos».

Una de las cosas que más llamó la atención a Madame d'Aulnoy al entrar en España fue la irregularidad y el pésimo estado de las carreteras que coexistían con algunas excelentes obras de ingeniería, por ejemplo las construidas para franquear las montañas en el País Vasco. Se sorprendió de que por esas sinuosas carreteras circularan numerosos y primitivos carruajes de dos ruedas macizas, unidas por ejes fijos y tiradas por parejas de bueyes uncidos por yugos. El ruido y la lentitud de los vehículos, así como el elevado número

que se desplazaba, formando interminables caravanas, constituían una potente imagen del atraso de España en opinión de la inteligente dama. Esas carretas llamaron asimismo la atención a no pocos viajeros que visitaron España durante todo el siglo XIX, como Victor Hugo, e incluso en los albores del siglo XX, como Henry Lyonnet o Émile Verhaeren, a los que me referiré más adelante.

Tampoco cabe olvidar el severo juicio de Madame d'Aulnoy sobre las cocinas españolas. Según la ilustre dama, «es imposible calentarse en ellas sin atufarse, pues carecen de chimeneas: el fogón está en medio de la cocina. Lo que quieren asar lo ponen al fuego sobre tejas y cuando está bien asado de un lado le dan la vuelta. Cuando se trata de grandes piezas de carne, se las suspende de una gran cadena que cuelga del techo sobre el fuego y luego se hace girar la pieza con la mano, de manera que el humo la pone tan negra que da pena sólo mirarla. No creo que haya mejor representación del infierno que la de esta clase de cocinas y las gentes que se encuentran en ellas, pues además de ese humo horrible que ciega y asfixia, había una docena de hombres y otras tantas de mujeres, más negros que el diablo, apestosos, sucios y vestidos como pordioseros. Todas las mujeres desgreñadas se movían como si fueran bacantes». Y tampoco olvida anotar que resultaba imposible encontrar instrumentos culinarios indispensables, como asadores de polea, parrillas y mechadores.

Coincidiendo en Madrid con Madame d'Aulnoy, el marqués de Villars, embajador francés ante la corte de Carlos II, escribía que «a pesar de ser capital del Reino, en Madrid la burguesía es muy escasa. La casa del Rey, los cortesanos, el gran número de consejos, de tribunales y de personas que de ellos dependen y la extraordinaria cantidad de conventos de uno y otro sexo componen la mayor parte de la población de la ciudad. Existen pocos obreros para las cosas necesarias y escasos comerciantes. Es la ciudad del mundo donde hay más carrozas en relación con su magnitud y esto subraya que la vanidad de los españoles antepone el fasto de la carroza a la subsistencia más elemental de sus casas». Pero lo peor de Madrid, para el diplomático, «es el barro horrible en invierno y el polvo insoportable durante el verano». No se advierte

ninguna clase de policía para limpiar la ciudad; tampoco hay agua suficiente en el río para evacuar las inmundicias que invaden las calles durante todo el año. En opinión de Villars sólo hay dos cosas incuestionablemente excelentes en la capital de España: la salubridad del aire y la bondad del agua, en lo que coinciden la mayoría de los viajeros. En cambio, lo que depende de la mano del hombre está todo en un estado de extremo abandono; constata que las cosas necesarias para la subsistencia proceden de lejos y son transportadas por carruajes tirados por mulos, a un coste muy elevado; las cargas y derechos que tienen que pagar son numerosos a lo largo del recorrido, por lo que al final todo resulta carísimo. El embajador concluye que «los precios en Madrid doblan con creces a los de la ciudad de Europa más cara».

Pocos años más tarde, pero antes de concluir el siglo XVII, Al-Gassani, embajador de Muley Ismael, sultán de Marruecos, tras cruzar el Estrecho observa que Gibraltar «es un gran puerto con una ancha embocadura. A su entrada se alza un castillo fortificado, sólidamente construido, bien pertrechado de municiones y cañones». Estima que su población es reducida, mayormente la componen soldados y personal administrativo. Continuó su navegación hasta desembarcar en Cádiz, que le pareció «una gran ciudad situada en una península rodeada por el mar en cerca de las siete octavas partes de su perímetro. Posee un gran puerto, tan vasto que es imposible calcular su extensión y que contiene un número incalculable de barcos, grandes y pequeños. Como es una ciudad considerable, allí se dirigen viajeros y comerciantes de todas partes del mundo». Siguió el viaje remontando por barco el Guadalquivir hasta Sevilla, para continuar a Madrid. Antes de llegar a Córdoba, cuando desde lo alto de una loma divisó Écija, gozó de «un espectáculo cuya belleza y esplendor» no encontró en ninguna de las ciudades de España por él visitadas: «Situada en un llano, a orillas de un río llamado Genil, sus orillas están cubiertas de un número incalculable de casas de campo, de jardines, huertas, molinos y toda clase de cultivos». Una vez en Córdoba, visitó la célebre Mezquita, «cuya fama se extiende por el mundo entero» y que le pareció «inmensa, sólidamente construida y de una extraordinaria belleza».

Al atravesar la extensa llanura de La Mancha, el diplomático marroquí admiró que estuviera «plantada por un número incalculable de viñas», deduciendo que ese monocultivo se debía a la cercanía de Madrid para abastecer el enorme consumo de vino que hacen los madrileños, ya que «el vino constituye su principal bebida». Pero, contradictoriamente, subraya: «Aunque en este país haya poca gente que no beba, no he encontrado todavía a ningún borracho». Y, llegado a la corte, opina: «Madrid me pareció una gran ciudad, bien construida, vasta, espaciosa y conteniendo una población considerable. Encontramos allí prisioneros musulmanes alegres y contentos, que proclamaban en alta voz su profesión de fe y haciendo votos de victoria por nuestro soberano». No deja de resultar interesante la impresión que se llevó cuando conoció a Carlos II; le pareció un hombre frágil, de mediana estatura, muy delgado, de faz muy blanca, de ademanes corteses y aspecto bondadoso.

Antes de que finalice el siglo XVII nos visitará otra distinguida dama francesa, la marquesa de Gudannes, que trabajaba como agente secreta de Luis XIV durante los últimos años del reinado de Carlos II, y que para cumplir con su objetivo alquiló una quinta con un pequeño jardín en el Paseo del Prado, donde recibía y celebraba reuniones supuestamente literarias. Escribió un libro titulado *Cartas desde España* y en una de ellas, fechada en febrero de 1695, anota que «está siendo tan riguroso el invierno que la mayor parte de los animales han muerto de hambre. Hace varios días que falta la carne y el pan sube de precio considerablemente; en resumen, la miseria se hace extrema». Un mes más tarde, en su carta siguiente, insiste en lo mismo: «No hay pan, no hay carne, no hay pescado y ningún otro género; los madrileños padecen como si la ciudad estuviera sitiada; no hay dinero ni de qué vivir, y lo poco que se encuentra lo venden a precio de oro. El pueblo, medio desesperado, se queja a gritos por las calles». Estas no eran sino las consecuencias de la carestía de vida que pocos años antes había señalado el marqués y embajador de Francia.

En 1698, el fraile capuchino François de Tours, habiendo salido de Sevilla camino de Portugal, pernocta un día de primavera en El Castillo de las Guardas, un pueblecito de las estribaciones de

Sierra Morena, hoy famoso por los toros de lidia que se crían en sus dehesas. El lugar, como cuenta en su *Viaje a Santiago de Compostela*, le pareció «grande y hermoso», y tras decir misa sus habitantes les dieron, a él y a su compañía, «de comer un buen pan, buen vino y excelente confitura de membrillo». Pero al salir del pueblo y tras varias horas de camino los dos frailes se sintieron perdidos, y aunque encontraron «unos cabreros que cuidaban un rebaño de un millar de cabras y que pasaban las noches al raso, al preguntarles por el camino no lograron comprender sus explicaciones. ¡Qué desgracia es encontrarse en un país extranjero sin ser capaz de comprender su lengua!». No obstante, acabaron un poco más adelante por encontrar a un numeroso grupo familiar que estaba de gira y cuyos miembros se disponían a comer, para lo cual habían extendido «un enorme mantel en el campo sobre el que habían dispuesto lomo de vaca, pollos, conejos y pichones asados con unos buenos trozos de excelente pan blanco y buen vino. Eran entre ocho y diez los comensales, entre los cuales había un fraile carmelita; nos invitaron a sentarnos con ellos y compartir cuanto tenían». En su largo y extenuante recorrido a pie por los intrincados caminos de la sierra, el capuchino no dejó de alabar la belleza y abundancia de las adelfas floridas que crecían espontáneamente en cualquier regato o arroyo que conservara un rastro de humedad, por aquellos remotos parajes.

Sólo unos pocos años más tarde, ya a comienzos del XVIII, Daniel Defoe, el famoso autor de *Robinson Crusoe*, recorría la Península como agente secreto del gobierno británico tras la muerte del último de los Austrias y en vísperas de la llamada Guerra de Sucesión. El escritor inglés relata que en una de sus correrías, en 1702, se alojó en Ocaña, población que describe como «una ciudad grande, limpia y bien ordenada». Si bien «escaseaban las posadas decentes, como por lo demás sucedía en el resto de España», reconoce que la que lo acogió «podría pasar por aceptable en cualquier otro país. Sin embargo, me proporcionó una visión engañosa de lo que me esperaba, ya que me imaginé que era buena por encontrarse cerca de Madrid; en España, sin embargo, al contrario de lo que sucede en los demás países, las posadas van siendo peores conforme se acerca uno a la capital.



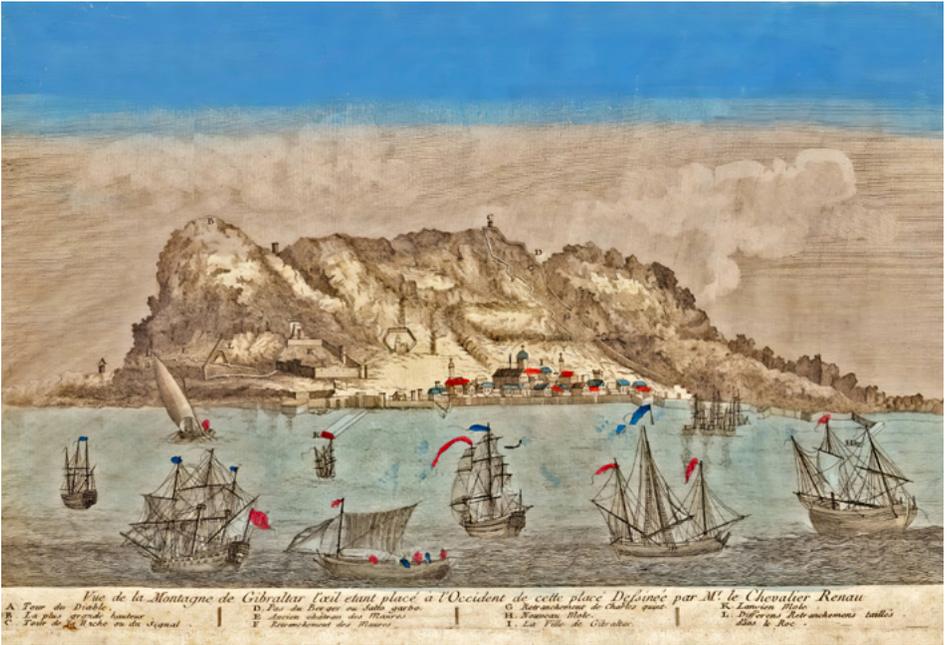
Daniel Defoe (1660-1731), retrato anónimo.  
(National Maritime Museum, Londres).



Jean-Baptiste Labat (1663-1738) en un grabado de André Bouys y C. Mathey (1742).

No me refiero sólo al precio, cosa bastante previsible, sino también al servicio, a las habitaciones y el trato. No pude contener la risa cuando mi mulero me explicó que existía una disposición que así lo ordenaba, a fin de que todos los viajeros se dieran prisa en llegar a la capital». El autor inglés no solamente estuvo en Madrid, sino que también recorrió La Mancha, visitó Valencia, anduvo por la costa levantina y por supuesto se acercó a Gibraltar, a la que calificó como «la plaza mejor fortificada de España y tal vez del mundo», subrayando que acababa de caer en manos británicas.

Tres años después, en 1705, arribó a Cádiz otro singular viajero, francés y procedente de las Antillas. Me refiero al dominico Jean-Baptiste Labat, personaje enigmático y sobre todo atrabiliario, que había compatibilizado en el Caribe su condición eclesiástica con la de experto constructor tanto de molinos azucareros como de fortificaciones militares. Durante varias semanas este eclesiástico malhumorado se alojó en el convento de Santo Domingo de la ciudad gaditana, que calificó de grande y hermoso,



Bernard Renau, 'Vista de Gibraltar' a comienzos del s. XVIII.

aunque muy oscuro debido a las formidables rejas de hierro forjado que protegían sus ventanas. Pero la escasa simpatía que el abate suscitó entre el medio centenar largo de sus hermanos dominicos —o la abierta antipatía con la que él les correspondió— acabó por hacerla extensible a toda la ciudad y a todos los gaditanos. Cádiz, sin embargo, por aquellos años estaba viviendo sus primeros años de esplendor al haberse trasladado la Casa de Contratación desde Sevilla, tras la gran peste y la desoladora mortandad que sufrió la capital andaluza a mediados del siglo XVII. Labat subrayó que «casi todas las calles de Cádiz son estrechas, tortuosas, nada o mal pavimentadas y muy sucias» y que su catedral, la vieja, porque aún no se había iniciado la construcción de la actual, «no es ni grande ni hermosa pero sí muy sólida y recia, tiene tres naves bastante estrechas, es baja, oscura, triste y sucia, aunque tenga altares de mármol y otros con muchos y sobrecargados dorados».

A pesar de los numerosos pormenores del extenso relato del fraile francés, no se comprenden bien los motivos de su agria relación con sus hermanos españoles en religión y, aún menos, sus posteriores



Ruinas de la Algeciras medieval en un grabado inglés de principios del s. XVIII.

andanzas por Andalucía. Al salir de Cádiz, y no precisamente en viaje pastoral, se plantó ante las mismas puertas de Gibraltar, plaza fuerte que sólo tres años antes había caído en manos británicas, y anotó que «habiendo visto esa plaza de cerca, no puedo decir de ella otra cosa sino que me pareció pequeña, mal construida y muy mal situada. El muelle que forma el puerto no avanza lo suficiente dentro del mar; hay una batería en su extremidad. No se veía a casi nadie sobre el puerto, aunque hubiese allí cinco grandes barcos anclados y dos fragatas que solían en cortas bordadas guardar el Estrecho». Calificó de *espantable* el solitario Peñón, juzgó mediocre y mal defendida la base militar, a pesar de que pocos años más tarde resistiría a varios y prolongados asedios y de las contrapuestas opiniones tanto del embajador marroquí como de Daniel Defoe. El atrabiliario dominico no tuvo una sola palabra de alabanza para el paisaje de la bahía de Algeciras y sí, en cambio, elogió la fertilidad y la abundancia de caza en el llamado Campo de Gibraltar.

Hay que dejar que transcurra al menos un siglo para que quienes visiten la zona, al margen de consideraciones militares o de impresiones cinegéticas, sean capaces de admirar el Estrecho, uno de

los parajes más hermosos de Europa. Fue el también cascarrabias británico, George Borrow, al comentar cuando atravesaba la bahía de Algeciras: «¡La bahía! No semejaba tal, sino un mar interior, rodeado por todas partes de mágicas barreras: tan sorprendente, tan prodigioso era el aspecto de las costas. Delante de nosotros, la inexpugnable montaña; a la derecha, el continente africano, con sus montes y el derrumbadero de Ceuta, hacia el que llevaba rumbo una barca solitaria; detrás de nosotros, Algeciras, el pueblo que acabábamos de dejar y su barrera montañosa; a la izquierda la costa de España. Ni una ola rizaba la superficie del mar». Testimonio que no deja de llamar la atención por la calma del mar, cosa muy infrecuente en un Estrecho siempre azotado por fuertes vientos, ya sean de levante o de poniente.

Pero sigamos los pasos del andariego dominico, que tanto ponderó la caza existente en los alrededores de Gibraltar; también subrayó la abundancia de agua, la dulzura del clima y la despoblación de la zona. Posteriormente visitó Jerez de la Frontera, pasando de nuevo por Cádiz, y, siempre interesado por las fortificaciones, anotó que Jerez «no tiene más que débiles murallas, carece de fosos y de obras exteriores de defensa. Me ha parecido más grande que Cádiz y hay en ella casas magníficas. Dicen que hay mucha nobleza y que en los alrededores se crían los caballos más hermosos de toda España». No olvidó precisar que alcanzó a contemplarlos y que le parecieron realmente extraordinarios.

Labat visitó también Sanlúcar de Barrameda y volvió a interesarse por los aspectos militares de una «ciudad que está en la desembocadura del Guadalquivir y que es un puerto natural no defendido más que por dos baterías cerradas». La plaza «no tiene como defensa más que débiles murallas derruidas; por lo demás, es muy bonita, está bien construida y era muy rica y sede de un comercio importante cuando el puerto de las Indias Occidentales estaba en Sevilla; su suerte ha seguido la de esa gran ciudad, habiendo pasado todo el comercio a Cádiz. Sanlúcar se resiente de ello extremadamente, se empobrece de día en día y se despuebla. Lo que aún la sostiene es que muchos barcos cuyo destino es Cádiz acuden allí a fondear y de paso hacer contrabando».



Saint-Simon (1675-1755)  
retratado por Perrine Viger du Vigneau (1887).  
(Château de Versailles).

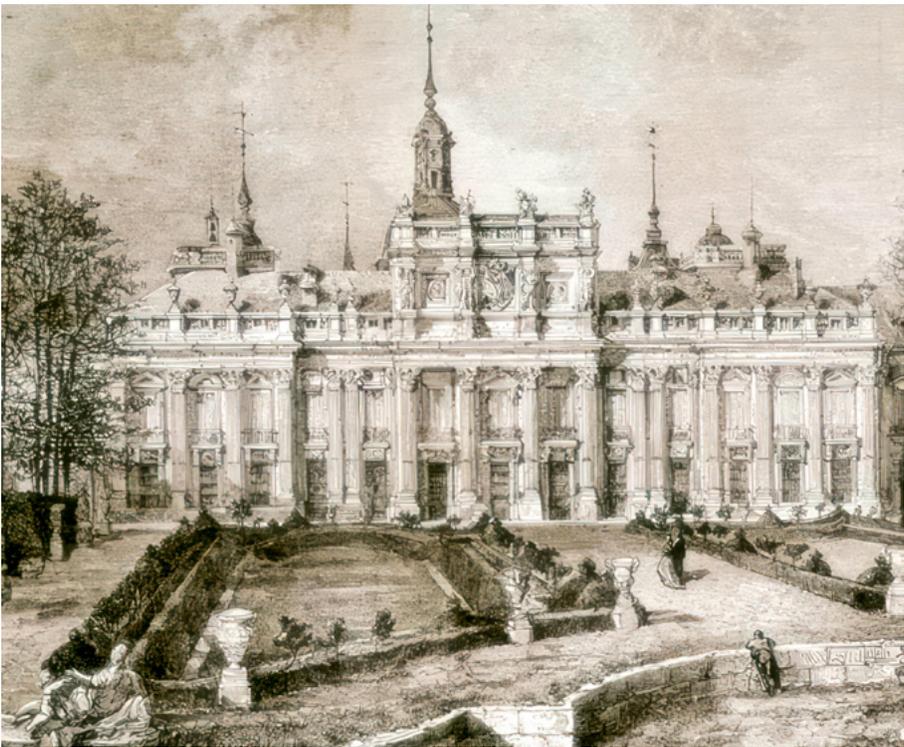
Continuó viaje hacia la capital de Andalucía, esta vez en barco a lo largo de veintitantas leguas por un profundo y angosto río de perzozas y turbias aguas. Sorprendentemente anota que «las campiñas, sobre las dos orillas, le parecieron hermosas, muy pobladas y en las que se veían numerosos castillos», frente a la opinión de casi todos los viajeros que siguieron esa misma ruta y que juzgaron el paisaje despoblado, carente de árboles y de interés alguno. El dominico se informó de la ruina de Sevilla tras la gran peste de 1649, que redujo su población en un cuarenta y dos por ciento, así como de la sensible pérdida del monopolio del comer-

cio con América. Pero a pesar de ello le impresionó la inmensa riqueza allí acumulada durante los dos siglos anteriores y que se reflejaba en el enorme patrimonio del monasterio de La Cartuja o, si cabe aún mayor, del gigantesco convento de San Pablo de los dominicos en el centro mismo de la ciudad, y en el de los franciscanos o el de la Merced, donde tan acertadamente quedó instalado en 1835 el Museo de Bellas Artes. Después de abandonar Sevilla dejando atrás El Castillo de las Guardas, donde pernoctó, atravesó la Sierra de Aracena entre adelfas y jaras florecidas con el posible propósito de visitar Portugal o tal vez Salamanca. Ahí perdemos de vista al inquietante abate, que claramente sentía mayor inclinación por las armas que por las letras.

Pocos años más tarde, en 1721, cruzó el Bidasoa el excepcional memorialista francés que fue Louis du Rouvroy, duque de Saint-Simon, nombrado por el Rey Sol embajador ante la corte de su nieto Felipe V; un cargo sin duda de gran responsabilidad política, pero que el duque estimaba por debajo de sus méritos y sobre todo de

sus ambiciones. Al poco de pasar la frontera se dirigió a Loyola, donde degustó «el mejor chocolate que jamás había tomado», y tras satisfacer su curiosidad por los lugares ignacianos, reemprendió su camino hacia Madrid.

El largo viaje por la terrible y desierta estepa castellana lo hizo el duque de Saint-Simon de un tirón, sin detenerse a pernoctar, advirtiendo «la escasez de relevos para los caballos y, además, lo mal situados que estaban unos respecto de otros». Al entrar en Madrid se sorprendió, lo mismo que unos años antes le había ocurrido a Madame d'Aulnoy, de que la capital de un reino tan poderoso careciera «de murallas, puertas o barreras». Pero no dejó de admirar «su Plaza Mayor, que tiene una superficie mucho más grande que ninguna de las que he visto en París o en otras ciudades europeas. Los cinco pisos de las casas que la rodean son del mismo nivel, con ventanas iguales de tamaño y disposición, que tienen cada una un



Vista del Palacio Real de la Granja de San Ildefonso en el s. XVIII.

balcón con idénticas balaustradas de hierro tanto de altura como de fábrica. En estos balcones se colocan durante las fiestas grandes hachones de cera blanca, uno en cada extremo. Es increíble la claridad que ofrece esta iluminación; el esplendor es extraordinario y hay una cierta majestad que no deja de sobrecoger». El embajador de Francia también observó que «en Madrid se encuentran menos sacerdotes y frailes en las calles que en París, aunque la capital de España esté llena de conventos de ambos sexos».

Pocas semanas más tarde, ya en pleno invierno, al acceder a La Granja de San Ildefonso, donde se había trasladado la corte, el embajador francés relata que tras subir ininterrumpidamente durante varias horas unas empinadas cuestas, al llegar la expedición alrededor del mediodía al pie del Guadarrama, se vieron obligados a abandonar los carruajes para proseguir el camino a lomo de mulas. Confiesa que «jamás he visto un camino más bello para contemplar ni más espantable para los vehículos. La montaña y el camino estaban cubiertos por una gruesa capa de nieve; todo estaba lleno de gigantescos pinos que crecían entre las rocas y cuyas ramas estaban cargadas de carámbanos como si fueran los más bellos y brillantes racimos». Una vez en el Real Sitio, como recoge en sus memorias, Saint-Simon fue invitado por el Mayordomo del Rey a una gran cena al gusto español, y comenta: «Sirvieron esos pequeños jamones rojos, que incluso en España resultan difíciles de encontrar, y que sólo producen algunos grandes señores de cerdos criados en una especie de corrales, llenos de breñas y chaparros y donde abundan las víboras de las que estos cerdos se nutren exclusivamente. Esos jamones poseen un perfume admirable y un sabor tan notable y vivificante que no puede menos de sorprender. Es imposible comer nada más exquisito». Llegado a este punto, me veo en la obligación de apostillar que la exquisitez de esos jamones extremeños no se debía a que los cerdos se nutrieran de víboras, sino de bellotas, y lo de la ingesta de reptiles probablemente fue una inocente broma que le gastaron al embajador. Pero ello no obsta para que este le otorgara patente de verdad, de modo que fue repetida no pocas veces y tontamente por numerosos viajeros a lo largo de más de doscientos años.